

Los estribos del puente cortado subsistían á cada lado de ambos territorios; un cañón cargado de metralla, servido por unos cuantos artilleros y sostenido, un poco atrás, por el 9.º regimiento ligero, ocupaba el estribo apoyado en la orilla de Francia; el coronel Fabvier y su pequeña columna, á la cual se prohibió cargar las armas, tomaron posición en el estribo opuesto, donde, agitando su bandera tricolor, entonaron la *Marseleses*. La corta distancia que separaba á las dos tropas permitía distinguir los menores movimientos de cada una de ellas y hasta oír las palabras pronunciadas en alta voz. El coronel Fabvier y sus compañeros fueron objeto de señales de inteligencia y muestras de simpatía de parte de algunos oficiales agrupados cerca del cañón y de parte de los soldados del 9.º ligero que cubrían la orilla. Continuaban los cantos de los refugiados cuando el general Valín, que mandaba la brigada de vanguardia, acudió y dió á los artilleros la orden de hacer fuego; éstos dispararon el cañón; pero, fuese que éste estaba mal apuntado, ó que los artilleros desviasen la puntería, esta primera descarga no hirió á nadie. Los refugiados gritaron «¡viva la artillería!» El general Va-

lín hizo cargar de nuevo la pieza; un segundo cañonazo mató al teniente Marotte, que llevaba la bandera, é hirió gravemente á dos ó tres oficiales que estaban á su lado. El teniente Bénies cogió la bandera y la agitó con nuevo ardor. Estalló otra descarga, pero dirigida contra los piamonteses, colocados entonces á la derecha del puente; varios de ellos cayeron mortalmente heridos y los cantos redoblaron. El general Valín, desconfiando de las disposiciones del 9.º ligero, hizo adelantar un numeroso destacamento de gendarmes, que hicieron fuego á su vez; sus tiros, disparados de cerca y con puntería, sembraron la muerte en las filas de los refugiados; murió el teniente Bénies y por segunda vez cayó al suelo la bandera tricolor. Los refugiados se retiraron entonces, dejando sobre el terreno diez y ocho compañeros muertos, sin que ninguno hubiese siquiera cargado su arma.

Los cañonazos disparados por el general Valín acababan de abrir la frontera española al ejército francés. En la mañana del 7 de abril, las tropas de la vanguardia, con el 9.º regimiento ligero á la cabeza, pasaron el Bidasoa por un puente de barcas, y, pocas horas después, el duque de Angulema entró en Irún.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO

Cortes españolas. La Asamblea decreta el traslado del gobierno á Sevilla; resistencia del rey; éste destituye dos veces á sus ministros. Las Cortes y Fernando salen de Madrid; fuerza y composición del ejército español; plan de defensa.—Entrada en campaña. El ejército francés en Tolosa; falta de víveres; quejas de las tropas; el señor Ouvrard. El ejército sigue su marcha; retirada de Ballesteros más allá del Ebro; llegada y permanencia del duque de Angulema en Vitoria.—El general Labisbal en Madrid; trata con los agentes del generalísimo; irritación de sus oficiales; Labisbal huye; su cuerpo de ejército se retira á Extremadura.—Marcha del duque de Angulema hacia Madrid. Entrada de los franceses en la capital española; desórdenes. Estado de los ánimos. Decretos de la *Regencia*. Los generales Bordesoulle y Bourmont se ponen en movimiento hacia Sevilla. Marcha de los generales Bourke y Molitor contra los cuerpos de ejército de Morillo y de Ballesteros.—Las Cortes en Sevilla. Medidas adoptadas para la defensa del reino. Resolución para transportar la residencia del gobierno á Cádiz; negativa de Fernando; suspensión de sus poderes; complot para libertar al rey; éste sale de Sevilla; motín de los habitantes; llegada de López Baños.—Entrada de los franceses en Sevilla.—Fernando en Cádiz. Bloqueo de esta plaza por los dos cuerpos de ejército de Bordesoulle y Bourmont.—El duque de Angulema en Madrid.—Marcha del general Bourke hacia Asturias y Galicia. Sumisión de Morillo. Quiroga. Los refugiados franceses en la Coruña. Rendición de la Coruña. Marcha del general Molitor contra Ballesteros; llegada de las tropas francesas á Murcia; ataque y toma de la fortaleza de Lorca. Encuentro de Campillo de Arenas. Sumisión de Ballesteros.—Salida del duque de Angulema de Madrid; desórdenes y violencias de los absolutistas. Llegada del generalísimo frente á Cádiz; cartas á Fernando.—Expedición de Riego; su llegada á Málaga; es perseguido y se mete entre los acantonamientos de Ballesteros. Perseguido otra vez por las tropas francesas, es alcanzado en Mancha Real y hecho prisionero.

El discurso pronunciado por Luis XVIII el 28 de enero, en el acto de abrir las Cámaras francesas, anunciando el envío de un ejército de 100.000 hombres á España, llegó á Madrid el 4 de febrero. El día 5, los ministros de Fernando pidieron á las Cortes y obtuvieron de esta Asamblea la autorización de completar y poner el ejército en pie de guerra, de tomar todas las medidas de seguridad pública y de hacer todos los gastos necesarios para la defensa nacional. El día 13, las Cortes resolvieron, además, que en caso de que las circunstancias exigiesen el cambio de residencia del gobierno, su traslado á cualquiera de las plazas del reino pudiera ser acordado por la Asamblea, previo informe de una junta de oficiales de reconocida ciencia militar y adictos á la Constitución. Fernando había creído poder esperar tranquilamente en su palacio de Madrid el momento en que las tropas francesas, victoriosas de las españolas, le devolvieran la plenitud de su antiguo poder. El último acuerdo de las Cortes le irritó. Dos días después expiraba la duración legal de la legislatura; el rey negóse á asistir á la sesión, dejando á los ministros el cuidado de redactar y leer el acostumbrado discurso de clausura. En este discurso de la corona se decía, entre otras cosas, que España podía contar con la energía de su rey en defender las nuevas instituciones, y con la resolución firmísima del príncipe de resistir á la invasión con que se atrevían á amenazarle. Estas protestas de fidelidad hechas en su nombre á un régimen que odiaba, aumentaron de tal modo la irritación de Fernando, que éste reconvino á sus ministros por haber puesto en su boca la expresión de sentimientos que no abrigaba, declarándoles que no saldría de Madrid sino en el caso de que se aproximaran los franceses. Los ministros le contestaron que los únicos jueces de aquella decisión eran las Cortes. Perdiendo toda calma, Fernando les injurió, les arrojó de su presencia, y firmó en el acto un decreto que pronunciaba su destitución. A este acceso de cólera siguió pronto el miedo. Al día siguiente, todo Madrid se pone en movimiento. El Municipio, la Diputación provincial y la comisión permanente de las

Cortes se reúnen en sesión; la guarnición toma las armas; la milicia nacional acude á la plaza de la Constitución; los gritos de *¡viva la Constitución!* y *¡vivan los ministros!* estallan con fuerza hasta al pie de los balcones de Palacio, donde se mezclan con los gritos de *¡una Regencia!* Asustado, Fernando hace llegar inmediatamente á los grupos la voz de que conserva á sus ministros y, á las diez y media de la noche, firma otro decreto que les mantiene en sus cargos, pero sólo *interinamente*.

Esta semi-concesión no podía satisfacer al pueblo ni á la milicia. La efervescencia popular continúa. El 20 de febrero, día fijado para la apertura de las Cortes ordinarias, los vecinos instalan en la plaza de la Constitución varias mesas en que el público firma memoriales pidiendo á la Asamblea el nombramiento de una Regencia. El gobierno tiene que apelar á la fuerza para reprimir la agitación, cada vez más amenazadora, dispersar los grupos y hacer desaparecer los memoriales.

Abrense las Cortes el 1.º de marzo; pero Fernando se niega también á asistir á la sesión, y los ministros, obligados á hablar en su nombre, leen un discurso lleno de protestas patrióticas. Corre el rumor de que un realista llamado Bessieres, después de haber logrado escapar á la persecución de todos los generales constitucionales, se acerca á Madrid al frente de fuerzas bastante considerables, para dar un golpe de mano y llevarse al rey. Alentado por tal anuncio, Fernando renueva la escena del 17 de febrero; reprocha duramente á los ministros las protestas que se han atrevido á poner en su boca, declara que no soportará por más tiempo su tutela y firma otro decreto nombrando nuevos consejeros. Estos se niegan á aceptar los cargos. Las Cortes declaran llegado el momento de trasladar fuera de Madrid la residencia del gobierno y obligan al ministerio á que declare el sitio elegido por el rey para aquel traslado. El antiguo gabinete no existía; Fernando no lograba constituir otro; obligado á contestar á la Asamblea, suplica á los ministros destituidos que vuelvan á hacerse cargo de sus carteras, y el 5 de marzo les encarga que

anuncian á las Cortes que ha elegido Sevilla por residencia del gobierno.

Los ministros fijan la salida para el 12 de marzo; pero el rey, deseoso de retrasarla todo lo posible, se hace declarar enfermo por los médicos de cámara. Las Cortes nombran una comisión de nueve diputados, en que figuran seis médicos, para que examinen el estado del monarca, y la comisión declara por unanimidad que la salud de Fernando no se halla alterada al extremo de impedirle viajar; pero que, á fin de quitar todo pretexto aun á las aprensiones más exageradas, proponen que se retrase la salida hasta el 18. Así lo acuerdan y lo notifican las Cortes al rey, que pide una nueva prórroga de dos días. La Asamblea se la concede, y Fernando parte al fin de Madrid con la reina, sus dos hermanos Don Carlos y Don Francisco de Paula, las mujeres y los hijos de éstos y la servidumbre de palacio. El cortejo, compuesto de diez carruajes y una multitud de gente á caballo, iba protegido por unos 6.000 hombres (infantería, caballería y artillería) precedidos de varias columnas móviles de descubierta. El día 22, las Cortes salieron á su vez para Andalucía, al mismo tiempo que los ministros de Inglaterra, Portugal, Suecia y los Países Bajos, únicas potencias que no hacían entonces causa común contra la revolución española con Francia y las grandes monarquías del Norte. Varios batallones de milicianos servían de escolta á la Asamblea nacional. Madrid quedó bajo la guardia del conde de Labisbal.

Las tropas destinadas á combatir la invasión francesa se elevaban á unos 130.000 hombres, cuyas tres quintas partes, divididas en cuatro cuerpos de ejército de 18 á 20.000 hombres cada uno, eran mandadas por los generales siguientes:

- 1.º Ejército de operación: general Ballesteros.
- 2.º Ejército de Cataluña: general Espoz y Mina.
- 3.º Ejército del Centro: general Labisbal.
- 4.º Ejército de Galicia y Asturias: general Morillo, conde de Cartagena.

Las otras dos quintas partes, que sumaban 52.000 hombres, componían las guarniciones de las plazas fuertes.

Al efectivo de los regimientos franceses, que se elevaba exactamente á 95.062 hombres, hay que añadir el contingente de 25 ó 30.000 refugiados realistas, armados, equipados y pagados por el gobierno de Luis XVIII desde el día en que se había acordado la invasión. Estos formaban pequeñas divisiones de 3 á 4.000 hombres agregados á cada uno de los cuerpos de operación y mandados por los antiguos jefes insurrectos barón de Eroles, el Trapista, Quesada, Longa, Mosen Antón, Conde de España y Santos Ladrón.

En 1808, la insurrección española no dispuso, para resistir á los ejércitos de Napoleón, ni de tropas regulares ni de jefes expertos; además, el gobierno de José Bonaparte contaba numerosos partidarios en la nación; estaba sostenido por la inmensa mayoría de la nobleza, de los cuerpos constituidos y de la clase media; pero como el bajo clero, los frailes, la gente pobre de las poblaciones y del campo se pronunciaron contra el nuevo rey, la insurrección, á pesar de incesantes derrotas, acabó por triunfar contra numerosos ejércitos mandados por los generales más famosos. En 1823, las condiciones de la lucha habían cambiado completa-

mente; todas las fuerzas que en 1808 estuvieron contra las tropas imperiales se hallaban ahora en favor de los soldados franceses, que tenían por únicos adversarios á los que en la primera invasión habían sido partidarios de Francia. Rechazados por las personas ilustradas y por la clase media, pero llamados por el bajo clero y por los frailes, el ejército del duque de Angulema tenía la victoria segura con el concurso de aquellas masas ignorantes y fanáticas, cuya enérgica resistencia, doce años antes, había sido la principal causa de los desastres del ejército imperial.

Una justa apreciación de estos hechos dictó el plan de defensa adoptado por el gobierno de las Cortes. España se halla protegida, á lo largo de Portugal, al pie de los Pirineos, y en toda la extensión de su doble frontera marítima, por un considerable número de grandes plazas y grandes puertos de guerra que la encierran como en una cintura de fortalezas. No solamente estos puertos y estas plazas, bien armadas y bien abastecidas, fueron puestas en estado de sostener largos sitios, sino que se las proveyó de guarniciones bastante fuertes para proporcionar columnas volantes que batieran el país y obligaran á los generales franceses á emplear parte de sus regimientos en contener ó vigilar dichas salidas. Una vez tomadas estas precauciones, se acordó no oponer á la marcha del ejército invasor más que pequeñas columnas aisladas, propias para las grandes marchas y los movimientos rápidos, y que, apoyándose, si fuera preciso, en las plazas fuertes y en las guarniciones, tuvieran por principal instrucción evitar toda batalla, hostigar más bien que combatir á los soldados franceses, amenazar constantemente sus comunicaciones y sus convoyes, desalentarlos, rendirlos á fuerza de fatigas y de privaciones, y llegar á irritar contra los invasores á la masa de la población por la duración misma de la guerra y por sus inevitables y duras exigencias, obligando al pueblo á mezclarse en la lucha y á unirse al partido constitucional para arrojar del suelo patrio al enemigo.

Los abusos y excesos inseparables de las necesidades de un ejército de 100.000 hombres condenado á vivir de los recursos de un país ya devastado por la guerra civil eran, en efecto, el único peligro que el duque de Angulema tenía que conjurar. Víveres, forrajes, carros de transporte, acémilas, todo había de pedirse á España, sin dar, sin embargo, el menor motivo de queja á los españoles. El Sr. Ouvrard había prometido obtener este resultado, y su tarea iba á empezar.

Al pasar la frontera, cada soldado llevaba víveres para cinco días. Aquellas provisiones, surtidas por los almacenes del Estado, fueron disipadas desde la segunda jornada. El cuarto día de marcha, la mayor parte de los hombres llegaron á Tolosa sin haber comido nada desde la mañana. Todos esperaban recibir allí al menos una ración de pan y vino; en la ciudad guipuzcoana no había provisión alguna; las quejas estallaron ruidosamente en todo el ejército. Ouvrard, cuyo servicio había de empezar al día siguiente, fué llamado al cuartel general.

—¿Dónde están vuestros almacenes? ¿Con qué recursos contáis?, le preguntan.

—Mañana el ejército recibirá sus raciones ordinarias, contesta el contratista.

—Se necesitan diez días de víveres para el segundo cuerpo.

—Mañana el segundo cuerpo tendrá sus diez días de víveres.

—Necesitamos algo más que promesas. ¿Dónde están vuestros depósitos? ¿Dónde están vuestros almacenes?

El contratista se niega á explicarse y se retira. Cae una lluvia torrencial que agrava la situación del ejército que vivaquea en los arrabales amenazando sublevarse á causa de la carencia absoluta de subsistencias.

Ouvrard había reunido aquella mañana á las autoridades y personas más notables de la población y les había dicho: «El ejército no quiere vivir á expensas vuestras, pero necesita alimentarse; ayudadme á proporcionarle los víveres que necesita, si no queréis que mañana se apodere de los que tenéis. Hacen falta pan, legumbres, carne, cebada y forrajes. Conocéis vuestro país y sus recursos; recorred los alrededores; anunciad que todo lo pagaré al contado. Haré más: lo que entreguen antes de las ocho de la mañana se pagará *diez veces* su valor; antes de las nueve, *nueve veces*; antes de las diez, *ocho veces*, y así sucesivamente, disminuyendo un décimo por hora.» Pilas de monedas de oro cubrían una mesa colocada en el centro de la sala en que se celebraba la reunión; el contratista las distribuyó como anticipo á los circunstantes, que se pusieron inmediatamente en campaña.

Aquellos anticipos y las magníficas promesas de que eran garantía, pregonados por aquellos improvisados agentes, hombres conocidos á quienes el celo realista impulsaba tanto como el afán de la ganancia, despertaron la codicia general. Los habitantes, en un radio de ocho ó diez leguas en torno de Tolosa, se pusieron en movimiento, y, al día siguiente, desde el amanecer, empezaron á bajar de todas las alturas que rodean la ciudad numerosas y largas filas de individuos de toda edad y sexo, cargados de provisiones de toda clase y rivalizando en celeridad á fin de llegar á tiempo para obtener las primas enormes prometidas. Para impresionar á los habitantes, Ouvrard les ofreció el espectáculo de varios millones (anticipo recibido aquella misma mañana de la caja del ejército, con arreglo al contrato firmado en Bayona); millones ostentados en monedas de oro de 20 y 40 francos sobre mantas tendidas en el suelo ó sobre mesas colocadas en el centro del mercado. La exhibición de aquellos montones de oro empleados en el pago inmediato de cada provisión; la entrega exacta de las primas exorbitantes prometidas en nombre del contratista; el anuncio del mismo sistema de compra mientras durase la guerra, todo aquel aparato, inspirado por el genio comercial, tuvo el éxito que esperaba su autor. «¡Cosa inaudita!, decían entre sí los campesinos; la invasión francesa, lejos de expoliarnos, siembra el oro en el país; en vez de miseria, nos trae riqueza!» De todas partes llegaron abundantes provisiones; la competencia abarató los precios, y gracias á sus primeros sacrificios, el concesionario obtuvo el doble resultado de no pagar los géneros más que en su justo valor y de poder subvenir á todas las necesidades del ejército, hasta el último día de la campaña, sin depósitos ni almacenes preparados y sin requisas.

La división Bourke había sido destacada del primer

cuerpo, inmediatamente después del paso del Bidasoa, para ir á sorprender á San Sebastián; pero la guarnición estaba prevenida y recibió á cañonazos á las tropas francesas, que tuvieron que limitarse á bloquear la plaza, esperando las fuerzas de artillería necesarias para sitiarla en regla. El resto del primer cuerpo, el segundo y las primeras brigadas del cuerpo de reserva continuaron su ruta hacia Madrid. El día 11, por la mañana, el generalísimo había entrado en Tolosa; el día 12, el general Molitor fué destacado sobre Pamplona con el cuerpo de ejército á sus órdenes; y el mismo día el príncipe instaló una *Junta provisional de gobierno de España y sus Indias*, instituida días antes en Bayona y compuesta de tres miembros extranjeros de la antigua Regencia de Urgel, el general Eguía, D. Antonio Gómez Calderón y D. J. B. de Erro. El 13, el generalísimo se puso otra vez en marcha, á través sucesivamente Villafranca, Villareal, Vergara, Mondragón y Salinas, y el 17 llegó á Vitoria.

El ejército acababa de atravesar, sin disparar un tiro y sin ver á un solo adversario, una de las comarcas más difíciles de Europa. Aquellos desfiladeros, cuyo paso había costado tantas víctimas al ejército imperial durante la guerra de la independencia, se hubieran encontrado defendidos, si la entrada del duque de Angulema en España hubiese sufrido el menor retraso, y el éxito de la campaña se hubiera visto quizá comprometido, pues el general Ballesteros avanzaba en aquella dirección y su extrema vanguardia iba á tomar el desfiladero de Salinas, cuando apareció la de la brigada Valín. El destacamento español se replegó sobre el cuerpo principal que aún se encontraba más allá de Vitoria. Ballesteros con sus 18 ó 20.000 hombres se retiró hacia Zaragoza, abandonando á los generales Labisbal y Morillo el cuidado de defender los dos caminos que del Alto Ebro conducen á Madrid, uno por Aranda de Duero y otro por Valladolid y Segovia.

El duque de Angulema permaneció tres semanas en Vitoria. Privado del 2.º cuerpo, dirigido hacia Pamplona, quiso esperar la llegada de la totalidad del cuerpo de reserva y la vuelta de varios agentes encargados de recoger noticias sobre la posición y la fuerza del ejército constitucional, y de probar la fidelidad de sus principales jefes. El primero abordado fué Labisbal, que se había quedado con una autoridad casi dictatorial en Madrid. Traidor á sus cómplices en la primera conjuración de la isla de León; traidor á Fernando en marzo de 1820, este general no podía vacilar ante una nueva traición; no presentó dificultades más que sobre la recompensa. El oro fué el auxiliar más activo de Francia en aquella guerra. Labisbal obtuvo para sí y para sus generales la recompensa exigida. Inmediatamente después, empezó á quejarse de la escasez de fuerzas dejadas á sus órdenes, á censurar todos los actos de las Cortes y la marcha del rey, y á proclamar la imposibilidad absoluta de la resistencia. Lo extraño de este lenguaje, la inacción en que Labisbal dejaba á sus regimientos, la ausencia de todo preparativo de defensa en las diferentes rutas que conducían del Ebro á Madrid, la frecuencia de sus entrevistas con el conde de Montijo, Martínez de la Rosa y otras notabilidades del partido de los *pastejeros*, todo inspiraba sospechas y empezaba á agitar fuertemente á la parte enérgica de la población de Madrid,

cuando los periódicos publicaron, el 16 de marzo, dos cartas que revelaron de pronto los proyectos del general. En la primera, el conde de Montijo aconsejaba a Labisbal que «librase á la patria de una Constitución impracticable, de un gobierno perverso y de unos ministros odiados,» le llamaba de antemano «libertador de España y de Europa,» y le pedía que pudiese término «á la anarquía, á la guerra civil y á la invasión.» En la segunda carta, Labisbal, cortesano asiduo de todos los ministros y de los principales miembros de las Cortes pocos días antes, no se limitaba á repetir, contestando á Montijo, que el gobierno «estaba en manos de hombres ineptos que habían causado las desdichas de España con su persistencia en mantener y defender una Constitución rechazada por la inmensa mayoría de los españoles,» sino que proponía como medidas de salvación: la vuelta de Fernando á Madrid, la destitución de los ministros, la disolución de la Asamblea nacional, la convocatoria de nuevas Cortes encargadas de apropiarse las instituciones públicas á las necesidades de España y á los deseos de Europa, y una amnistía que hiciese olvidar todo lo pasado. Labisbal anunciaba, además, que daba traslado de su carta á Ballesteros, á Morillo y á Espoz y Mina, á fin de que estos generales obrasen de acuerdo con él, y que de esa inteligencia resultase la felicidad de España.

Esta publicación produjo un efecto contrario al que esperaban sus autores, caracteres débiles, políticos sin inteligencia ni patriotismo, que, en el proyecto de una alianza entre el principio de autoridad absoluta y el principio de libertad, perseguían únicamente la conservación de sus honores, de su fortuna y de su influencia, y un medio de imponerse á ambos partidos como ministros moderadores. Rechazado por los absolutistas como un proyecto revolucionario, puesto que en él se trataba de Cortes, instituciones políticas y amnistía, este plan de transacción irritó profundamente á los constitucionales, que no podían menos de comprender la desastrosa influencia que fatalmente había de ejercer en la defensa nacional aquella tea de discordia y de disolución, aquella especie de grito de *¡Sálvese el que pueda!*, lanzado en medio de la población y del ejército, al principio de la lucha, por uno de los generales de más renombre. El clamor fué tan fuerte, que Labisbal, asustado, publicó el día siguiente una segunda carta en que desmentía su lenguaje de la víspera, calumniosamente interpretado, decía él, por los malévolos; hacía protestas de sincero apego á la Constitución de 1812, y declaraba traidor á todo español que tratase de desobedecer á ella. Tan brusco cambio, en vez de calmar las sospechas, aumentólas; los oficiales de la guarnición se reunieron y se presentaron en masa á pedir explicaciones á Labisbal, y obligarle, si éstas no fueran satisfactorias, á dejar el mando. A las primeras palabras, el general anunció que acababa de resignarlo en manos del conde de Castel de Dos Ríos y de pedir sus pasaportes para Sevilla, donde daría cuenta de sus actos al gobierno y sabría justificarse. Se le entregaron los pasaportes, pero en vez de tomar el camino de Andalucía, salió de Madrid por la puerta de Francia y, bajo un disfraz, fué á refugiarse en las filas del ejército invasor, dejando á sus dos tenientes generales Castel de Dos Ríos y Zayas el cuidado de completar las medidas acorda-

das para la entrega de la capital del reino. El primero no tardó en conducir los numerosos regimientos que componían el ejército del centro, no al encuentro del enemigo, sino á Extremadura. Zayas se quedó en Madrid con un simple destacamento de unos 1.500 hombres, á fin de abrir las puertas á los franceses. Labisbal, después de haberse juntado con el duque de Angulema, no podía volver á Madrid; el traidor prosiguió su camino hacia los Pirineos, tomando toda clase de precauciones para escapar á la cólera y á la venganza de realistas y constitucionales españoles. Ya había llegado á Guipúzcoa, cuando fué reconocido por el maestro de postas de Vergara; las autoridades realistas se apoderaron de él, é iban á lapidarlo en Villarreal, cuando un destacamento francés, enterado de su prisión, acudió á tiempo para arrancarlo al furor de los absolutistas y facilitarle los medios de llegar sano y salvo á la frontera.

Mientras tanto, el duque de Angulema avanzaba con parte de su ejército hacia Madrid, por la ruta directa que atraviesa sucesivamente Burgos, Lerma, Aranda de Duero, Somo-Sierra y Buitrago; iba apoyado, á la derecha por el mariscal Oudinot, con la brigada Valín y las dos divisiones de Autichamp y Castex, y á la izquierda por la división Obert. Este último y el mariscal Oudinot se dirigían á Madrid, el general por Logroño, Calatayud, Alhama, Guadalajara y Alcalá, y el mariscal por Valladolid y Segovia. Las tres columnas, en su movimiento concéntrico, atravesaron, sin encontrar la menor resistencia, los puertos que del valle del Ebro conducen á las provincias de Soria y Burgos y las altas montañas que forman la separación de las dos Castillas, cuyo paso había costado ríos de sangre á los franceses en la guerra anterior. Pero, en vez de heroicos defensores de la independencia patria, el ejército invasor no encontró esta vez en su camino más españoles que algún pastor de pie encima de las peñas y unos cuantos campesinos inmóviles al borde de la carretera, mirando indiferentes el desfile de las tropas.

Labisbal había anunciado al duque de Angulema que era esperado en Madrid, y, en efecto, Zayas mandaba correo tras correo al príncipe para suplicarle que activase la marcha de sus tropas, sobre todo después de un ataque inesperado de la partida de Bessiere. Este cabecilla, que hacía la guerra por su cuenta y que, sabedor de la escasa fuerza que había quedado en Madrid, creyó poder sorprenderla y cargar con un inmenso botín, se presentó, en la tarde del 20 de mayo, ante la puerta de Alcalá, al frente de unos 1.300 hombres de infantería y caballería; penetró osadamente en la población á los gritos de «¡viva la religión!» «¡viva el rey absoluto!» «¡muera la Constitución!» y no se detuvo hasta que le cerró el paso una compañía que había corrido á su encuentro. Empieza un vivo tiroteo; llega Zayas con el resto de la guarnición á la puerta de Alcalá, seguido de dos cañones que son puestos inmediatamente en batería; una primera descarga de metralla hace retroceder á los realistas; á la segunda, Bessiere huye abandonando sobre el terreno 70 ó 80 muertos y mayor número de heridos; perseguidos por un escuadrón, los fugitivos se dispersan en todas direcciones, después de haber dejado en manos de los soldados unos 250 prisioneros. El 23, á las cuatro de la mañana, el general Foissac-Latour entra al fin en Madrid con unos cuan-

tos batallones que relevan inmediatamente á los constitucionales en todos los puestos. Después de esta operación, Zayas reúne á toda prisa las escasas fuerzas de su mando, sale silenciosamente de la villa y se retira hacia Talavera de la Reina. Hasta una hora después de la retirada de Zayas, hasta que vió á los centinelas franceses, la población de Madrid no se enteró del cambio que se acababa de operar.

La noticia corre rápidamente por todos los barrios de la capital; los habitantes se lanzan á la calle, ora dando espantosos gritos, ora guardando un silencio más espantoso todavía. Las habitaciones de la gente rica parecen abandonadas ó dispuestas á resistir toda tentativa de saqueo. El pueblo se reúne en las principales plazas, arranca las lápidas de la Constitución, va al palacio de las Cortes, derriba las puertas, rompe escaños, muebles, estatuas y bustos, y echa por las ventanas registros y papeles. Con todo ello se hacen hogueras á las cuales se echan los retratos de los prohombres del partido constitucional. Un busto de Riego, después de haber sido paseado por toda la población, con aplauso de la muchedumbre, es roto en la plaza Mayor por mano del verdugo, en medio de los gritos de *¡viva la religión!*, *¡viva el rey absoluto!*, *¡viva la Santa Inquisición!*, gritos que vienen á ser la señal de los excesos más odiosos cometidos contra los constitucionales por las turbas que más habían clamado antes contra los enemigos de la Constitución. El general Foissac-Latour logró aquella misma tarde, con su tropa, establecer una semi-seguridad que completó, el día siguiente, 24, la llegada de las divisiones mandadas por el duque de Angulema y el mariscal Oudinot.

El príncipe hizo su entrada al frente del cuerpo de reserva, por la puerta de Recoletos, al mismo tiempo que el mariscal, procedente de Valladolid, entraba con su columna por el puente y la puerta de Segovia. Desde las primeras horas de la mañana, un gentío inmenso invadió las calles por donde había de pasar el generalísimo. Las fachadas de los edificios estaban adornadas con colgaduras, guirnaldas de flores, banderas é inscripciones en loor del príncipe. El repique de las campanas y los acordes de las músicas militares se mezclaban con los vítores de la muchedumbre. En muchos balcones, hombres y mujeres agitaban banderas blancas en que las armas de Francia y España se hallaban unidas.

Iguales manifestaciones habían acogido la entrada de los aliados en París en 1814. Mas, por una oposición que caracteriza la diferencia del desarrollo moral entre ambas naciones, fueron tan sólo las clases elevadas y ricas las que en Francia festejaron al extranjero, saludándolo con los nombres de *aliado* y *libertador*. Para la clase media y la clase laboriosa, los prusianos y los rusos no dejaban de ser el *enemigo*, aún después de la paz. En España, por el contrario, las clases elevadas y la clase media rechazaban á los franceses, y era el pueblo el que, envuelto en las tinieblas de la más profunda ignorancia, doblegado al dominio secular de los curas y de los frailes, se unía á los invasores para vengar los agravios de la monarquía absoluta y de la Iglesia, para restituir al monarca y al clero el poderío y las riquezas de que el régimen constitucional tendía á despojarles.

Para defender la libertad hay que conocerla y comprenderla, y las ideas difundidas en una parte de Euro-

pa por la Revolución francesa no habían arraigado, en el primer cuarto del pasado siglo, sino entre las clases ilustradas. Para las masas españolas guiadas por los frailes, la política se resumía en dos símbolos: la *religión* y la *realidad*, y las palabras *nación* y *patria* eran sinónimas de *constitución* y *revolución*. Los personajes más notables por su ilustración y por su fortuna habían salido de Madrid al aproximarse los franceses. La milicia nacional, que contaba en sus filas toda la juventud de la clase media, tenía la mayor parte de sus batallones en Sevilla. Habían quedado las mujeres. Era de esperar que, intimidadas por el ruido de las armas y por el aparato de las fuerzas enemigas, estas mujeres las acogerían, si no con cordialidad, al menos con un sentimiento de miedosa sumisión; pero no fué así: adictas, como sus padres, sus hermanos ó sus maridos, á la causa constitucional, sintieron profundamente la injuria de la intervención extranjera, y no vacilaron en manifestar la indignación que ésta les causaba.

El partido clerical no sólo acababa de imponer á España la vergüenza de una invasión emprendida sin motivos legítimos, sino que ocasionaba á la clase media de este desventurado país todos los males que traen consigo el desencadenamiento de masas ignorantes y fanáticas y las venganzas de un partido largo tiempo reprimido. Los desórdenes cometidos en la jornada del 23 no eran más que un recuerdo de las escenas atroces que habían ensangrentado sucesivamente á Burgos, Zaragoza y otras poblaciones, á la proximidad ó después de la salida de las tropas francesas. Estos excesos, cometidos por los realistas españoles, obligaron al duque de Angulema á renovar en Madrid las proclamas que había dirigido al pueblo español antes de pasar el Bidasoa, y en los cuales declaraba «que su entrada en España tenía por único objeto el restablecer en ella la justicia, el orden y la paz, y que prometía respeto á las propiedades, seguridad á las personas y protección á los hombres pacíficos.» Pero al mismo tiempo que hacía de nuevo estas promesas, daba á la *Regencia* instalada desde luego en Tolosa, y cuyos miembros habían acompañado constantemente al cuartel general, una institución nueva y más solemne. De orden del príncipe, los antiguos miembros de los dos consejos de Castilla y de las Indias se reunieron, reconocieron el nuevo poder y agregaron á los regentes nombrados por el generalísimo tres nuevos miembros: el obispo de Osma y los duques de Montemar y del Infantado, este último con el título de presidente. Después de haber completado así la *Regencia*, el príncipe la invistió de todos los derechos y de toda la autoridad del gobierno; le permitió nombrar ministros, apoderarse de la administración pública, recibir á los embajadores y enviar representantes á las cortes extranjeras.

El primer acto de la Regencia fué declarar traidores y rebeldes y abandonar á todo el rigor de las leyes militares á los soldados y milicianos que habían rechazado á Bessiere y á su partida en la tarde del 20 de mayo. Confiando luego las carteras á los mismos hombres que componían el ministerio de Fernando al estallar la revolución de 1820, la Regencia promulgó una serie de decretos que merecen ser analizados.

Todas las autoridades, todos los funcionarios existentes en el momento de la revolución y destituidos